

# ESTUDIO BÍBLICO

## CARTA A LOS ROMANOS — N.º 9

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

«Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.» (Romanos 5:10, 11)

El versículo once declara uno de los frutos que deben seguirse del conocimiento de que somos «salvos por su vida». Cuando los hombres tienen la seguridad bien fundamentada de que son salvos por la vida de Jesucristo, cuando lo comprenden hasta que se convierte en parte de su propio ser, se «gozarán en Dios» por medio de Jesucristo su Señor. No puede haber más que gozo en el corazón de un individuo cuando sabe que es salvo por la vida de Cristo. Ese es el secreto del gozo en la tribulación.

«Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Romanos 5:12)

Este versículo contiene una proposición parcialmente declarada. Notarán que, comenzando con el versículo trece y continuando hasta el final del diecisiete, hay un paréntesis. Luego, en el versículo dieciocho, la proposición se retoma y se completa. La primera parte del versículo dieciocho es simplemente un equivalente a la primera parte del doce; es la misma verdad expresada con otras palabras —«Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres» (Romanos 5:18). Luego, la porción final del versículo completa la proposición: «Así también por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida» (Romanos 5:18).

Podemos observar solo brevemente los versículos intermedios. Contienen ricas verdades; pero el tiempo asignado para este tema es tan limitado que nuestros comentarios deben confinarse a los puntos principales del capítulo.

En el versículo catorce tenemos referencia al «reinado de la muerte». ¿Qué es el reinado de la muerte? ¿Qué fue este paso de la muerte sobre todos los hombres? El apóstol dice que «la muerte reinó desde Adán hasta Moisés». Con esto no quiere decir que no reinó en ningún otro momento, ni que no reina en la actualidad. La parte del versículo que se refiere a Adán y Moisés es parte de un gran argumento, que tiene su punto de partida en el capítulo cuatro. Es parte de su argumento sobre Abraham.

El argumento, en pocas palabras, es que la entrada de la ley no interfirió de ninguna manera con la promesa a Abraham. En Romanos 4:13, 14 se nos dice que la promesa «de que sería heredero del mundo, no fue dada a Abraham, ni a su descendencia por la ley, sino por la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son los herederos, la fe resulta vana, y la promesa se anula» (Romanos 4:13, 14). En estos versículos el apóstol está probando de manera práctica que la ley no interviene en absoluto en la justificación del hombre; que la justificación es únicamente por fe y no por obras. ¿Por qué la ley no interviene en la justificación del hombre? «Porque la ley produce ira.» (Romanos 4:15)

Si Abraham hubiera sido dejado para ser justificado por la ley, no se le habría imputado nada más que ira, porque eso es todo lo que la ley puede producir. Pero, por otro lado, cuando no es justificado por la ley, que solo podría ser el medio para imputarle ira, y es justificado por la fe, entonces se le imputa vida. Y la vida es lo que se desea, no la ira. La vida es lo que todos los hombres desean, no la ira. Quien busque ser justificado por sus obras cosechará solo ira. Abraham recibirá la herencia solo en virtud de la promesa, y recibirá su justicia solo por la fe que tuvo.

Algunos piensan que hay dos maneras de ser salvos, porque el Señor dio la ley en el Sinaí, y la muerte había reinado hasta ese momento, así que, por supuesto, eso significa que la ley trajo vida. Es cierto que el Señor dio la ley en el Sinaí; pero

la ley estaba en el mundo mucho antes de que se diera en el Sinaí. Abraham tenía la ley, y por la justicia de la fe pudo guardar esa ley. Así que la entrada de la ley en el Sinaí no militó contra la promesa de Dios a Abraham. No se introdujo ninguna fase diferente del plan de salvación en el Monte Sinaí, ni en el tiempo del Éxodo. No hubo más ley después de ese tiempo de la que hubo antes. Abraham guardó la ley. Si no hubiera habido ley allí, Abraham nunca podría haber sido justificado; pero guardó la ley por su fe. La muerte reinó por el pecado antes del tiempo de Moisés, pero la justicia fue imputada para vida. Esto demuestra que la ley ya estaba toda allí, aunque no la tuvieran en esa forma escrita y abierta que tuvieron después.

En cuanto al reinado de la muerte, estoy persuadido de que perdemos gran parte del bien y el aliento que hay en este capítulo cinco, simplemente por la mala aplicación de estas palabras —«la muerte reinó», y también la expresión «la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron». ¿Por qué la muerte pasó a todos los hombres? ¡Porque todos pecaron! Por un solo hombre el pecado entró en el mundo. Hay muchos que se detendrán en este punto, y filosofarán y cuestionarán cómo pudo ser esto, y tratarán de descifrar por sí mismos la justicia de ello. Se preguntarán por qué estamos aquí en esta condición pecaminosa, sin haber tenido elección o voz en el asunto nosotros mismos. Ahora sabemos que hubo un hombre al principio, y él cayó. Nosotros somos sus hijos, y es imposible que nazcamos en una condición más elevada de la que él tuvo.

Algunos se excluirán a sí mismos de la vida eterna porque no pueden resolver ese asunto con exactitud y ver su justicia. La mente finita del hombre no puede hacer esto, así que es mejor que lo deje de lado y se dedique a buscar la salvación ofrecida. Ese es el punto importante para que todos lo consideren. Sabemos que estamos en una condición pecaminosa, y que esta condición pecaminosa es una condición perdida. Viendo, entonces, que estamos en una condición perdida, ¿no es lo mejor para nosotros dedicar nuestras energías a buscar alcanzar ese estado por el cual podamos estar en una condición salvada?

¿Qué pensarían de un hombre que se ahoga en el océano, quien, cuando alguien le arroja una cuerda, la mira y luego dice: «Sé que me estoy ahogando, y

que la única esperanza que tengo radica en que me agarre de esa cuerda; pero no me agarraré a ella a menos que sepa que ha sido realmente mi propia culpa haber caído al agua. Si fue mi propia culpa, entonces la tomaré, porque soy el único culpable de estar en esta condición. Pero si, por otro lado, alguien me empujó al agua y no pude evitarlo, entonces no tendré nada que ver con esa cuerda». Tal hombre sería considerado desprovisto de sentido común. Entonces, reconociendo que somos pecadores y estamos en una condición perdida, aferrémonos a la salvación que se nos ofrece.

«La muerte reinó», «pasó sobre todos los hombres». Los versículos doce y dieciocho nos dicen qué es esta muerte. ¿Por qué pasó? ¡Porque «todos pecaron»! «¡El juicio vino sobre todos!» ¿Para qué? ¿Para qué? —Condenación. Estamos familiarizados con la muerte; vemos gente siendo colocada en sus tumbas todos los días. ¿Pero es esa la muerte a la que se refiere? Los hombres buenos mueren; con solo dos excepciones, todos los hombres buenos que han vivido en la tierra han muerto. ¿Mueren bajo condenación? No, ciertamente no. ¿Mueren porque son pecadores? No, si fueran pecadores, no serían hombres buenos. No ha habido hombre en este mundo sobre quien no haya pasado la sentencia de muerte, porque nunca hubo un hombre en este mundo que no fuera pecador, y si se convirtió en un hombre bueno de modo que anduvo con Dios como Enoc, fue por fe.

Si decimos que la muerte que les sobreviene a todos los hombres —buenos y malos, viejos y jóvenes por igual— es la ejecución de ese juicio que «vino sobre todos los hombres para condenación» (Romanos 5:18), entonces tomamos la postura de que no hay esperanza para nadie que haya muerto. Pues no existe tal cosa como la probación después de la muerte, y por lo tanto, el hombre que muere en pecado nunca podrá ser considerado justo. Si se dice que los buenos no mueren en pecado, sino solo por pecados cometidos previamente, la justicia de Dios es impugnada y su justicia imputada es negada. Porque cuando Dios declara su justicia sobre el que cree, ese hombre permanece tan limpio como si nunca hubiera pecado, y no puede ser castigado como pecador, a menos que niegue la fe. Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que

me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24)

Cuando Adán fue colocado en el Jardín del Edén, el Señor le dijo: «El día que de él comieres, ciertamente morirás.» (Génesis 2:17). Eso no significa «muriendo morirás», como lo tiene la lectura marginal. Esa expresión no es ni hebrea ni inglesa. Significa exactamente lo que dice, que en el día que Adán comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, en ese día murió. El mismo día que Adán comió del fruto, él cayó, y la sentencia de muerte fue pronunciada sobre él, y él fue un hombre muerto. La sentencia no fue ejecutada en ese momento, y, de hecho, sabemos que Adán fue un hombre bueno, y que la sentencia nunca fue ejecutada sobre él. Cristo murió por él. Pero él estaba en la misma condición, después de haber comido del fruto del árbol, en que estuvo Faraón, después de que los primogénitos de todos los egipcios hubieran sido asesinados, cuando se levantó de noche y dijo: «Todos estamos muertos.» (Éxodo 12:33)

Cuando se ha dictado sentencia sobre un asesino, este es, a todos los efectos, un hombre muerto. Pero fue más que eso en el caso de Adán; él estaba muerto, y el Hijo de Dios debía darle vida. Era solo cuestión de tiempo hasta que fuera borrado de la existencia. Pero Cristo interviene para darle al hombre un tiempo de prueba y para levantarlo. Todo lo que Cristo tiene para darle al hombre se resume en esa única palabra: VIDA. Todo está comprendido en eso. Este hecho demuestra que sin él los hombres no tienen vida. Cristo dijo a los judíos incrédulos: «No queréis venir a mí para que tengáis vida.» (Juan 5:40) Probablemente ellos respondieron: «No necesitamos venir, porque ya tenemos vida».

En Ezequiel 13:22 leemos: «Por cuanto con mentiras entristecisteis el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino, prometiéndole vida.» (Ezequiel 13:22) No hay vida para los impíos; no tienen vida; están muertos. Cristo dijo: «El que no cree al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.» (Juan 3:36) Cristo vino a dar vida a los muertos. Él da vida solo a aquellos que conscientemente se aferran a esa vida, que traen su vida a las suyas, de modo que

toma el lugar de sus vidas perdidas. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo no tiene la vida. Está muerto.

Así que Adán murió; y debido a eso, todo hombre nacido en el mundo es un pecador, y la sentencia de muerte ha pasado sobre él. El juicio ha pasado sobre todos los hombres para condenación, y no hay hombre en este mundo que no haya estado bajo la condenación de muerte. La única manera en que puede librarse de esa condenación y de esa muerte es a través de Cristo, quien murió por él, y quien, en su propio cuerpo, llevó nuestros pecados en la cruz. Él llevó la pena de la ley y sufrió la condenación de la ley, por nosotros, no por sí mismo, porque era sin pecado.

«Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte;... así también por la justicia de uno el don gratuito vino a todos los hombres para justificación de vida.» (Romanos 5:12, 18) ¿Qué es el don gratuito? Es el don gratuito por gracia, y concierne a muchos. La obra de Adán hundió al hombre en el pecado; la obra de Cristo saca a los hombres del pecado. La única ofensa de un hombre hundió a muchos en muchas ofensas; pero la obediencia de un hombre recoge las muchas ofensas de muchos hombres y los saca de debajo de la condenación de esas ofensas.

Entonces, el don gratuito es la justicia de Cristo. ¿Cómo obtenemos la justicia de Cristo? No podemos separar la justicia de Cristo de Cristo mismo. Por lo tanto, para que los hombres obtengan la justicia de Cristo, deben tener la vida de Cristo. Así que el don gratuito llega a todos los hombres que son justificados por la vida de Cristo. La justificación es vida. Es la vida de Cristo. «Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19) Estas son declaraciones simples y positivas. Ningún bien puede venir al hombre al cuestionarlas. Solo cosecha esterilidad para su alma. Aceptémoslas y creémoslas.

«El don gratuito vino sobre todos los hombres para justificación de vida.» (Romanos 5:18) ¿Todos los hombres van a ser justificados? Todos los hombres

podrían serlo si quisieran; pero Cristo dice: «No queréis venir a mí para que tengáis vida.» (Juan 5:40) Todos están muertos en delitos y pecados. La gracia de Dios que trae salvación ha aparecido a todos los hombres. Llega al alcance de todos los hombres, y aquellos que no la obtienen son aquellos que no la quieren.

«Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19) Eso resuelve toda la cuestión de si tú y yo podemos hacer obras que nos hagan justos. Es por la obediencia de un solo hombre. Ahora, ¿quién será ese hombre? ¿Puedo yo hacer justicia que te haga algún bien? —No. ¿Puedes tú hacer justicia que me haga algún bien? —No. Supongamos que un hombre pudiera hacer obras justas que se le imputaran como haciéndole justo — ¿quién será él? Yo no puedo hacerlo por ti, y tú no puedes hacerlo por mí. Entonces, ¿quién es ese hombre? ¡Jesucristo de Nazaret!

Esto resuelve la cuestión de si la justificación por la fe viene por la ley. Por la obediencia de Cristo muchos son hechos justos u obedientes. La justicia es obediencia a la ley. ¿Alguna vez leíste u oíste hablar de algún ser humano que guardara la ley perfectamente? ¿O alguna vez oíste hablar de alguien, por muy alto que fuera su estándar, que no encontrara algo más allá, a lo que no hubiera llegado? Incluso los hombres mundanos a menudo tienen un ideal propio; pero cuanto más se acercan a ese ideal, mayor deficiencia ven en sí mismos. Cualquiera que sea sincero en intentar alcanzar un estándar alto, cuando llegue allí, verá algo más allá.

Hay una vida sin mancha. Hay un hombre, el hombre Cristo Jesús, que resistió con éxito todos los poderes del pecado cuando estuvo aquí en la tierra. Él fue el Verbo hecho carne. Dios en Cristo reconcilió el mundo consigo mismo. Él podía presentarse ante el mundo y desafiar a cualquiera a que lo convenciera de pecado. No se halló engaño en su boca. Él fue «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos»; (Hebreos 7:26) y por su obediencia muchos serán hechos justos.

Luego surge la pregunta: ¿cómo puede ser esto? Es la misma pregunta que los judíos le propusieron a Cristo, cuando él dijo: «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.» (Juan 6:53) Dijeron ellos: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?» (Juan 6:52) Hoy en día muchos se encuentran haciendo la misma pregunta cuando dicen ¿cómo puedo tener su vida o su justicia? ¿Pudo Jesús explicarles cómo podía darles su carne? No pudo hacerlo sino con las palabras que les dijo: —Ellas son espíritu y son vida (Juan 6:63). El plan de salvación no puede explicarse al hombre. Fue hecho por un ser infinito, y no podemos entenderlo. En cuanto a cómo sucede, somos ignorantes. A lo largo de toda la eternidad no comprenderemos cómo se hizo. Es solo el poder infinito el que puede o pudo hacerlo; es solo la sabiduría infinita la que puede entenderlo.

Si comemos la carne de Cristo y bebemos su sangre, tendremos la vida de Cristo. Si tenemos su vida, tenemos una vida justa; su obediencia obra en nosotros y eso nos hace justos. Esto no deja lugar a la afirmación de que Cristo obedeció por nosotros, y que, por lo tanto, podemos hacer lo que queramos, y su justicia se nos imputará de la misma manera. Su obediencia debe manifestarse en nosotros día a día. No es nuestra obediencia, sino la obediencia de Cristo obrando en nosotros. Por medio de esas «grandísimas y preciosas promesas» (2 Pedro 1:4), tomamos la vida divina en nosotros. La vida que vivimos es la vida del Hijo de Dios. Él murió por nosotros, y nos amó con un amor que no podemos sondear. La justicia que tenemos es suya. ¡«GRACIAS SEAN DADAS A DIOS POR SU DON INEFABLE»! (2 Corintios 9:15) Él nos permite obtener todo el beneficio de esa obediencia, porque hemos mostrado nuestro intenso deseo de obediencia. Por eso nos lo da.

Cuando vayas a Dios, ten estas Escrituras en tus labios: «Seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10) «Por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19) Llévalas a Dios en oración. Son verdaderas, porque el Señor mismo lo ha dicho. ¿Cómo se pueden obtener estas bendiciones? ¡Por la fe! Tómala por fe, y es tuya, y nadie te la puede quitar. Entonces la tendrás, aunque no entiendas cómo puede hacerse. Cuando la tengas, tienes vida. ¿Qué vida? La

vida divina. Entonces, cuando llegues al momento de la tentación, el momento en que usualmente has caído, puedes decirle a Satanás que no tiene poder para hacerte caer bajo esa tentación, porque no eres tú, sino Cristo quien mora en ti.

Nunca hubo un momento en la vida de ningún hombre en que, por sí mismo, tuviera poder para resistir la tentación. No podemos hacerlo. Eso prueba que debemos tener una vida diferente de nuestra vida natural para resistir el pecado en absoluto. Debe ser una vida que el pecado nunca ha tocado y nunca podrá tocar. Repite las gloriosas palabras una y otra vez: *«Su vida es mía, no puedo ser tocado por el pecado. Su fuerza es mi fuerza; su obediencia es mi obediencia, y su vida es mi vida. Esa fue una vida sin pecado, y por fe la tengo. Me aferro a ella porque es mía, y el pecado no puede tocarla.»* Esa es la única manera de resistirlos, y eso tendrá éxito cada vez.

«La ley se introdujo para que el pecado abundase; pero allí donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.» (Romanos 5:20, 21)

El momento de la entrada de la ley fue el momento en que fue pronunciada desde el Sinaí. Entró para que la ofensa, o el pecado, abundara. Pero donde ese pecado abundó, la gracia sobreabundó mucho más. Había pecado en el mundo antes de que esa ley fuera proclamada desde el Sinaí. Por lo tanto, la ley estaba allí antes de que fuera proclamada desde el Sinaí. Pero Dios la pronunció de esa manera terrible, y con esos tonos de trueno desde el monte, con el propósito de que el pecado pareciera ser un pecado mayor. Se hizo para que el pueblo pudiera ver el pecado más como Dios lo veía.

Estas cosas fueron escritas para nuestro beneficio. La pronunciación de esa ley en tonos de trueno, con una escena tan solemne de grandeza a su alrededor, debe tener el mismo efecto en nosotros que tuvo en los hijos de Israel. Debemos ver las nubes de tormenta y los relámpagos, y estos deben infundir terror en nuestros corazones.

Todavía más: Quien tocara el monte debía morir. ¿Qué significa eso? Todo eso tenía la intención de mostrar lo terrible de la ley. Fue dada de esa manera para que la gente pudiera ver la maravillosa majestad que tenía, y que por ella ningún hombre podía obtener vida. Era tan grande que ningún hombre podía guardarla. Todo lo relacionado con su entrega conspiró para mostrar al hombre que lo único que podía obtener por ella era la muerte. Era tan grande, tan inexpresablemente grande, que nunca podrían alcanzar sus alturas. Fue dada de esa manera para mostrar a la gente que solo había muerte y condenación para ellos en ella.

¿Entonces la ley no fue dada solo para infundir desánimo en los corazones del pueblo? No; volvamos a Abraham, y veremos qué más se enseñó con la entrega de la ley. Hubo una promesa a Abraham y a su descendencia justa, de una herencia justa. Esa promesa fue jurada a Abraham y a su descendencia por Dios mismo. Dios había comprometido su propia existencia a que habría hombres justos — hombres cuya justicia sería igual a la justicia de la ley. Pero aquí estaba la ley con tal majestad terrible que de ella no se podía obtener justicia. Debía ser el único estándar. Ahora unamos dos cosas: La ley es tan santa en sus demandas que ningún hombre puede obtener justicia de ella, como se mostró en su entrega; pero Dios había jurado que habría hombres que tendrían toda la justicia que ella demanda; por lo tanto, la misma entrega de la ley sirvió para mostrar al pueblo que debía haber, y había, otra manera de obtener esa misma justicia.

Así, al dar la ley, él estaba dando el evangelio en tonos de trueno. Justicia y paz moran juntas en plenitud en Cristo. Así, en él hay vida. La condenación está en la ley, pero la ley está en Cristo; y en Cristo también hay VIDA. En Cristo obtenemos la justicia de la ley por su vida. La voz que declaró la ley desde el Sinaí, fue la voz de Cristo, la voz de aquel mismo que tiene esta justicia para otorgar.

Ahora vean la fuerza de las palabras de Moisés en Deuteronomio 33:2, 3. «Y dijo: Jehová vino de Sinaí, y de Seir les esclareció; resplandeció desde el monte Parán, y vino de entre diez millares de santos; con la ley de fuego a su mano derecha para ellos. SÍ, ÉL AMÓ AL PUEBLO.» (Deuteronomio 33:2, 3)

La entrega de esa ley fue una de las más altas manifestaciones de amor que pudo haber; porque predicó al pueblo en los tonos más fuertes que había vida en Cristo. El que dio la ley, fue el que los sacó de Egipto. Él fue quien juró a Abraham que él y su descendencia serían justos, y esto les mostró que no podían obtener justicia en la ley; sino que podían obtenerla a través de Cristo. Así que hubo una sobreabundancia de gracia; porque donde el pecado, por la entrega de la ley, abundó, allí la gracia sobreabundó mucho más. Eso se manifiesta cada vez que un pecador se convierte. Antes de su conversión no se da cuenta de la pecaminosidad de sus pecados. Luego la ley interviene y le muestra cuán terribles son esos pecados; pero con ella viene la voz suave de Cristo en quien hay gracia y vida.

¡Cuán precioso es tener esa convicción de pecado enviada a nuestros corazones! Porque sabemos que es parte de la obra del Consolador que Dios envía al mundo para convencer de pecado. Es parte del consuelo de Dios el convencer de pecado; porque la misma mano que convence de pecado sostiene el perdón, para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.

En esta gracia tenemos de nuevo esas preciosas palabras: —mucho más. Donde el pecado abunda, la gracia mucho más abunda.

El Señor escudriña el corazón y conoce nuestros pecados. ¿Acaso andaremos lamentándonos y suspirando, diciendo que nuestros pecados son tan grandes que Dios no puede perdonar a pecadores como nosotros? Algunas personas parecen imaginar que Dios nunca supo que tenían pecados. Luego dicen que no son dignos de que él les quite sus pecados. No pueden ver cómo puede salvarlos. ¿Quién es el que nos hace sentir pecadores? ¿Quién nos muestra nuestra indignidad? ¿Cómo llegamos a descubrir que hemos pecado? Es Dios quien nos muestra nuestros pecados. Él los había conocido todo el tiempo. No consideramos esto —que Dios ha conocido todos nuestros pecados de antemano, y que es él quien nos los muestra por primera vez, cuando somos convencidos de pecado por él.

Cuando Dios hizo el plan de salvación, sabía lo que estaba haciendo. Conocía el corazón humano. Conocía la profundidad de degradación a la que la humanidad caería, como ningún hombre la ha conocido jamás. Ahora, por su ley, él lleva los pecados a nuestros corazones, y entonces ese pecado abunda en la proporción que debe. Antes era pequeño a nuestros ojos, pero él nos hace verlo como él lo ve.

Recuerda que es el CONSOLADOR el que convence. Recuerda que donde el pecado abunda en tu corazón, o en tu mente, allí la gracia mucho más abunda. Es tu firme creencia en eso lo que hace que la gracia sea efectiva para quitar el pecado. Cristo es capaz de salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios. No puedes pedirle nada tan bueno o tan grande que él no sea capaz de hacerlo y —

MUCHO MÁS.

Dios no tiene que tomar la medida de la gracia, y mirar por el mundo para ver cuántos hay entre quienes tendrá que ser dividida, y luego ponerse a distribuirla para que haya suficiente para todos. Él nos da medida bíblica, apretada, remecida, y rebosante. No importa cuán grandes sean los pecados a cubrir, hay gracia mucho más que suficiente para hacerlo. El hombre mortal puede ser cubierto con la justicia de Cristo como con una vestidura. Entonces tomemos la vida de Cristo por fe y vivamos una vida nueva.